

Respetuosos del romance, sin alterarlo jamás, volvemos a crearlo en una transposición que tiene vívida juventud.

Cuando posteriormente encontramos en una edición *Flor nueva de romances viejos* las transcripciones musicales de Torner, de los más populares y bellos romances españoles y entre otras joyas, la música de *¡Ay!, un galán de esta villa*, soñamos crear la danza prima o circular que desde época inmemorial acompañaba este romance asturiano. Cuando documentados en bibliotecas públicas y privadas sentimos nuestra aquella encantadora ingenuidad de la danza redonda, nos damos a tejerla en anillo que fuese de palomas. La danza va floreciendo en verticilos simples que hay que concertar con el coro mixto, porque música, romance, danza, deben estar saturados de un mismo aroma, ser una misma voz con resonancias diversas, que es preciso fusionar, sin que ninguno de los elementos pierda su auténtica belleza.

Mientras los coros se depuran, bajo la dirección de Saide Miller de Steinsleger, otro grupo de niñas entre los 12 y 14 años se incorpora a la danza. Visten opacas túnicas cuyos tintes nos inspiran las estampas de artistas famosos. Desnudan sus pies.

Nuestros niños no pueden comprarse ricos trajes; el brillo de las telas falsas pervierte el gusto, el color disonante corrompe los ojos. La contemplación repetida y atenta de las grandes obras de arte nos descubre que la túnica en su simplicidad tiene una gracia eterna y la nobleza de una vela al aire. Recoge todos los ritmos.

En horas de la tarde, estas niñas aprenden a caminar, hasta que cada cual logre descubrir el ritmo simple y candoroso que será la nota predominante de la danza. M. de Fleury, en su obra *El cuerpo y el alma*, ha dicho: "Los bailes al aire libre, las rondas eurítmicas, los pasos cantados y andados, a la vez contribuyeron en otro tiempo, en un tanto indiscutible a hacer hermosas y de noble andar a las hijas de la Hélade".



Coreografía del romance de *Don Bueso*.

Y cuando se ha aprendido a caminar moviéndose levemente como el eco de un canto interior, las manos se unen, el anillo de la danza gira, se detiene, se desdobra en pétalos, vuelve a ser corola. La danza, que es simple como un anillo, tiene voz y se une al coro mixto, donde las coplas se entrelazan con las medias coplas y la armonía hecha plástica, sonido, voz, es una copa de cristal vibrando en el aire.

Observamos atentamente cómo reaccionan los niños ante estas expresiones líricas y plásticas. Dispersos entre ellos recogemos su sincero sentir y su juicio inamovible.

El mismo Spranger en su obra anteriormente citada agrega: "El niño toma las narraciones poéticas como sucesos reales".

No es de extrañar que nuestros niños, volcando libremente su anhelo de expresión, nos conduzcan hacia el bello romance de *Don Bueso*, en cuya expresión plástica, danza, poesía coral y canto interviene un centenar de niños y del cual Nora Ortega, de 12 años, traduce en sus acuarelas, el alado ritmo y el colorido que es como una melodía corriendo por sus túnicas.

Artistas y maestros se sintieron atraídos por su fuerza y originalidad. ¿Cómo lo habíamos conseguido?

Primero: Dando a toda la actuación del niño en la escuela un tono estético, elevador de las fuerzas internas.

Segundo: Expresando en forma plástica y externa el ritmo.

Contamos con niños humildes en su mayoría, en general con escasos recursos económicos para subvenir a las necesidades de un traje determinado, y sin más educación artística en su casi totalidad que aquella que les da la escuela.

No existe más aparato escénico que un simple entarimado que armamos en el patio, a la sombra de los árboles. La sugestión del ademán y del gesto crea un decorado plástico que se amolda a cada estado emotivo. No contamos con la ayuda de electricistas, ni del decorador. Sabemos bien qué subyugante belleza la de la luz dispuesta con raro sentido artístico y la del decorado que crea una atmósfera de realidad y ensueño y habla a la fantasía, pájaro eterno de mil colores. Desnudos de recursos, pero atentos a un anhelo de plasmación, la mímica se hace danza, el lenguaje poesía, la voz canto. Es acto de amor donde reinan las gracias.



Coreografía del romance de *Don Bueso*.

VII Danza nativa

Así como en el teatro de títeres los niños representan el *Martín Fierro* en tres sugestivas estampas en las cuales intervienen más de veinte muñecos, en el teatro cantan las más bellas canciones folklóricas y danzan nuestros bailes nativos con ajustado ritmo, conservando todo el acento y el color de sus candorosas costumbres.

A Ramón Hiriarte, joven santiagueño, estudiante de ingeniería, espíritu cultivado, gran sentido plástico y seguro instinto musical, debe nuestro teatro un aspecto de sus más hermosas realizaciones: la danza nativa.

Un día le atrajo el espíritu de nuestra obra, le encandiló su gracia y se quedó con los niños. Con él, descubrieron el secreto de la danza y el respeto de su alma ingenua. Toda su belleza y elegancia afloró límpida en el gesto sumario y en la mímica, en el cuerpo expresivo, en el floreo del pañuelo, en la levedad del pie que apenas parece rozar la tierra o herirla con zapateo insistente.

Diez danzas individuales y colectivas forman su repertorio en dignificación verdadera de la danza nativa, sutil alarde de americanidad y alta significación artística.

Con ellas hicieron las delicias de centenares de espectadores, y con ellas llegaron una tarde a la cárcel de mujeres a llevarles la voz clara de la luz.

VIII Coro de pájaros

Al niño "sumergido en la confusa luz de una realidad de sueño" al decir de Kierkegaard, no le basta la danza, el teatro, el dibujo y el canto.

Va hacia los pájaros; recoge su música, y creamos un coro de niños pájaros que ya tiene su historia.

Mañana del año 1936. Hace pocos meses dejé la ciudad del interior donde en el campo eternamente próximo se meció mi infancia. Sentada bajo los árboles leo a los niños entre los 9 y los 12 años de edad, una ingenua leyenda donde una niña presa de sortilegio debía hilar gran haz de lino para alcanzar su felicidad. Seducida por el gorjear de los pájaros, abandona sus hebras, corre tras ellos y al cabo de las horas el lino prendido a sus picos, vuelva a sus nidos.

La leyenda conmueve a los pequeños, sobre todo a las niñas, porque "no termina bien", según su propia expresión.

—¿Sabéis imitar el canto de algún pájaro?

Ojos que brillan, cuchicheos que se pliegan en silbido tenue, en chasquido frágil, en tierno reclamo, y nacen el jilguero y la torcaza.

Nos reímos, y de aquel milagro surge la escenificación de la leyenda y el bosquecillo de nuestra fantasía se puebla de susurros.

Para el pequeño grupo llega la encantadora magia del sonido. Con cualquier pretexto inventan "su música". Yo los dejo hacer con un temblor húmedo en el alma. Este estremecimiento alado se incorpora a nuestras vidas para siempre.

Al año siguiente descubro nuevos imitadores que se unen a la bandada, y cuando Lucinda Suárez de 13 años encuentra en 1937 el hilo fresco de su expresión, y escribe un poema escénico que titula: *El alma de la tierra*, que habrían de representar en la Misión Cultural en la plaza del barrio, los pájaros, nuestro coro de pájaros, marca el ritmo de la danza de Dora, el espíritu de la tierra.

Desde entonces el coro crece. Siento que es necesario armonizar

esas voces y comienzo a oírlas aisladamente y trato de fusionar el canto de dos, tres, cuatro de ellos. Fracaso muchas veces y vuelvo a comenzar, porque no encuentro lo que busco y la obsesión se repite como una voz venida de honda raíz. El sueño que vive en la intimidad del espíritu, descubre un día el hilo que enhebra los cantos y es entonces cuando comienza a actuar toda vez que el teatro infantil necesita animar una fronda o traer la sugestión del campo.

Y el coro se depura, crece, se afina. Va a las escuelas de barrios más apartados, actúa por radio, llega al Museo de Bellas Artes, viaja a las ciudades vecinas. Pero nuestros pájaros vuelan por los caminos del mundo, y los niños se nos van hacia el campo y la ciudad ganando su pan.

Es preciso organizar de nuevo el coro de pájaros. Se llama a concurso para llenar las plazas vacantes, se inscriben noventa aspirantes, niños y niñas, se nombra un jurado integrado por los más expertos imitadores de pájaros y un día, reunidos, un conjunto se adelanta a imitar el canto del canario; otro que sabe de jilgueros, corbatitas, cachilos, brasitas de fuego; niñas que imitan con excepcional dulzura calandrias y zorzales, estridentes horneros, benteveos alertas, paraguayos recónditos. Cuando en insospechado contrapunto, dos pájaros desatan su canto, he visto lágrimas en algunos ojos y apretarse el círculo de las esperanzas.

A veces el canto se ahoga, pero de pronto rasga melódico el aire.

Fernando Arévalo, de 11 años, cuenta su impresión de aquel minuto inolvidable:

“Al entrar en el salón de música sentí los silbidos que penetraban en mi cuerpo. Comprendí el esfuerzo, el encanto o la desilusión de aquellos que eran aceptados o postergados, y la esperanza dorada de entrar en ese coro de aurora. Y sentí yo también la esperanza, que no sabía si se rompería como un cristal hiriendo mi alma de pena. Pero al imitar yo el canto suave del jilguerito, sentí una impresión dulce e indefinida; y al ser admitido en la orquesta renació fuerte mi antigua esperanza. Entonces, ¡oh entonces!, yo también tuve alas y volé hacia las praderas verdes.”

El coro de pájaros, cuya vida arranca de aquel grupo de travie-

sos que un día encontró su ternura en el arrullo de la torcaza, este coro mixto de 45 niños que imitan el canto de 20 pájaros, se une a una coral que va diciendo un fragmento del *Himno a las aves* de Aristóteles.

La voz de los hombres y la voz de los pájaros que vueltos hacia los míseros mortales, aspiran a elevarlos a su inmortalidad.

Músicos, poetas, maestros, hombres de ciencia y hombres humildes han escuchado este coro de pájaros. Muchos callan, pero la ternura, polvo aleve, va bañándoles los ojos. Gabriela Mistral, ahondando el verde mar de sus pupilas nos dijo un día: “Es digno del paraíso”.

IX El cuento popular

Los Siete Héroes, teatro y danza

Una visión imborrable como pocas, guardamos del Ballet Joos. Sus *Siete Héroes* tuvieron la virtud de hacernos trasponer los límites de la realidad hacia el jubiloso mundo de la fábula. Pensamos en los niños. ¡Qué fiesta para sus vidas si pudiesen ver este espectáculo inolvidable!

Con esta nostalgia, en un día cualquiera, vemos cómo un verdadero enjambre se vuelca en la sala donde nos dedicamos al teatro.

Narramos la graciosa historia de los hermanos Grimm. Acentuamos los matices sutiles que comunican carácter a personajes y a escenas, y tendemos a crear la atmósfera del cuento subrayando su humorismo.

Nuestro propósito es sugerir, florecer en estados anímicos. De ahí nuestro empeño en filtrar la tristeza de las esposas que lloran a los héroes perdidos; en vestir de vivo color la estampa de los héroes perseguidos por el oso, en marcar la comicidad de su captura, el retorno glorioso de los valientes y la alegría de la boda.

Han seguido el relato con encantamiento. Sus caras de plástica expresividad reflejan como en un cristal transparente toda la gama de la alegría.

—Hagamos *Los siete héroes* —propone Eddi.

—¿Hablado o con mímica? —pregunta un coro de voces.

—Con música por ahora. Será más gracioso —responde Nidia, que es breve como un junco.

Nidia y Eddi asumen la tarea de ordenar las escenas y distribuir los papeles.

Al principio la escenificación tropieza con cierta falta de armonía, pero poco a poco se va deslizando por su trama luminosa.

—He aquí el ritmo —pensamos. Una viva dinámica, un rudimentario ballet-teatro que abrirá camino hacia esa gracia que al decir de

Schiller “no es otra cosa que la belleza de la forma movida por la libertad”.

Los niños nos dan la medida exacta de sus preferencias. El tema los ha seducido. La teatralización los ha inmerso en un mundo riente.

¿Podríamos depurar acaso este rudimentario ballet-teatro nacido del juego gozoso sin empeñar su frescura?

He aquí un nuevo grupo de niños. Son treinta, entre los 9 y los 12 años. Al aire libre, bajo los árboles, sobre la tierra y el césped, en las mañanas tibias, realizan movimientos básicos: caminar, correr, saltar, girar. No son ejercicios arbitrarios. Estos movimientos fundamentales del andar se van suavizando armónicamente mientras exploran todas sus variaciones posibles en dirección, dimensión y tiempo.

Sugerimos breves sujetos que provoquen las más diversas reacciones y afinen la expresión plástica.

Primero: Caminar tranquila y serenamente. Un ruido sordo a nuestra espalda nos obliga a volvernos con sorpresa.

Segundo: Se agitan las hierbas vecinas. Vamos hacia ellas. Un breve rumor se percibe. ¿Qué será?

Tercero: El árbol está húmedo de rocío. Correr hacia él, sacudir sus ramas, huir.

Cuarto: Se oye el canto de un pájaro. ¿Dónde se oculta? Acercarse cautelosamente, descubrir el ave, vuelo. Alborozo.

Quinto: Tirar al aire una cinta. Recogerla, escapar con ella, tratar de alcanzar al fugitivo. Breve asedio.

Sexto: Marchar decididamente. Una sombra nos sobrecoge. Detenerse, avanzar con recelo, la sombra se acerca. Huir.

Séptimo: Subir la escalera. Alguien nos llama. Descender, correr hacia la ventana. ¿Quién pasa?

Octavo: ¿Cómo se mecen las ramas? ¿Cómo se inclinan las espigas? ¿Cómo danzan las hojas en el aire? Combinar los tres ritmos.

Noveno: Jugar a las viejas rondas de pasos cantados y andados a la vez. Estilizar poéticamente los juegos populares: el martín pescador, la gallina ciega, el mantantirulirulá, etc.

El cuerpo adquiere ductilísima capacidad expresiva.

Al principio la armonía del conjunto no es total, porque esca-

pan al círculo mágico manos o rostros sin matiz, un desplegar de brazos sin sentido, el arco poco plástico de una espalda que se inclina.

Lentamente estos rudimentarios ballets-teatro, se empapan de una luz que va disuelta por dentro a medida que el niño crea con rasgos propios.



Estilización de juegos populares sobre danzas francesas del siglo XVI.



Estilización de juegos sobre danzas francesas del siglo XVI.

¿Cuál es nuestra actitud? Señalar el tono cálido de una cabeza, de una mano, de un pie que ha encontrado su lenguaje original. Estimularlo en la búsqueda de otras voces y de otros ritmos; detenerlos en la curva de un movimiento carente de espontaneidad, hacer que se observen y ejerzan un sentido autocrítico y, sobre todas las cosas, que cada cual sea él mismo en su capacidad expresiva de traducir emociones y sensaciones.

Marcelo Braunschvig en *El arte y el niño* formula esta sabia reflexión: “¿No cabe afirmar que el común de los hombres manifiesta en su infancia la mayor actividad estética de toda su vida?”

Los niños son ahora material fluido, plástico y dinámico. Ligeros y suaves los movimientos, raudos los pies y las manos, iluminada la expresión. Los hemos seguido de cerca en la maravillosa potencia de su imaginación, en el enorme caudal de poesía. Han pasado las horas y los días en su ronda.

Estamos escuchando ahora en grabación sonora *El triunfo de Neptuno* de Lord Berners. Los niños evocan por cierto sugerencia de la música, a los alegres *Siete héroes*. Es el día del hallazgo. Ana María y Guillermo, de 11 años, componen la primera escena.

—Yo soy la más pequeña de las seis hijas del guardabosque. Tengo que barrer la casa. Tú, Guillermo, vienes a buscarme; empezamos a jugar y a bailar.

—La madre —que podrías ser tú, Zulema— nos sorprende, y enfurecida nos manda a trabajar. Tú eres terco, te escapabas, pero me miras desde afuera y te burlas.

Pochi, que tiene la imaginación poblada de estrellas, sugiere a la vez: —Nosotras cinco, tus hermanas mayores llegamos a ayudarte en tu trabajo. Alguien barre, lava, quita el polvo o cuida al niño. Después los siete héroes: Berni, Juan Carlos, Roberto, Jorge, Guillermo, Eduardo y Pedro llegan a decirnos ¡adiós! porque parten en busca de aventuras.

Hilado el cañamazo, el primer tiempo del ballet de Lord Berners sugiere movimientos expresivos.

Ana María barre como un dulce diablejo y su cara es clara como una mañana y así es toda su dinámica.

Guillermo, sensible y musicalmente dotado, a quien la vida al aire libre da una elasticidad sedosa, se mueve con plástico humorismo que tiene algo de marioneta.

Zulema, naturalmente serena, simula bien su enojo y sus actitudes airadas frente a la desobediente pareja.

Mientras miramos a Elvira pensamos: Es expresiva, pero sus brazos no parecen *sus brazos*. El movimiento, la vibración de su cuerpo se detiene en los hombros en lugar de prolongarse por el cauce del brazo y de la mano. Elvira busca liberarse y lo consigue. Las seis hermanas al barrer, coser, mecer al niño, cuchichean a hurtadillas y enhebran movimientos de gran frescura.

Nidia, que lleva un dios bailarín en el cuerpo, es un soplo poético con el niño de lana en sus brazos; su cuerpo es inmaterial y parece que el espacio se dilatase en torno. Es ella misma quien nos revela la maravillosa sensación que provoca en ella la danza.

—La música ágil y ligera lleva mis pies y envuelve mi ser en un misterio sin secretos, que me aleja de la tierra. Me entrego a esa música y tengo la sensación de no estar donde se está; y así, como una fantástica espiral de humo, me arrastra la música confundida en una sola con el ritmo maravilloso del baile. (Nidia Khal, 12 años)

Pochi se mueve tal cual es, con un gozo límpido hecho de estallidos. Dora enlaza los ritmos apaciblemente. Elena es fina. Un blando sosiego la circunda. Nadie como ella se expresa en el silencio. Nadie más ricamente sugestiva en el reposo.

En cada niño el proceso es diferente y absolutamente original y sin embargo, ¡qué lejos de toda tendencia a convertirse en técnica que sería en este caso la muerte de lo vital y lo maravilloso!

Las escenas de *Los siete héroes*, tienen humorismo delicioso. Son siete héroes que tiemblan, avanzan, van en busca de la gloria a espantados saltos y a estrepitosas huidas.

Tardes de gozo que no olvidarán jamás. Niños y hombres sin edad y sin tiempo sumergidos en una "isla de gracia".

¿Qué nos autoriza a sentirlo?

Esta historia vivida año tras año, donde las imágenes fotográficas, los centenares de impresiones de los niños y sus claros dibujos, traducen un mismo hálito fresco y riente.

X Impresiones de los niños

Después de cada función teatral, los niños nos hacen llegar sus impresiones. Por ellos sabemos la verdad. Las que a continuación se incluyen abarcan el ciclo de 1936 a 1944.

De la copiosa y rica documentación reunida hasta la fecha, hemos seleccionado las de autores, intérpretes o espectadores que traducen su emoción, puntos de vista insospechados, sensaciones, ensueños, o la hora luminosa del gozo por siempre vivida.

Nuestra fiesta en la plaza fue hermosa. Hay que llevar al pueblo cosas bellas que lo alegren, así se les van las penas que tienen del trabajo. Yo sentí una gran emoción cuando tuve que actuar. Me faltaba coraje; pero mi conciencia me decía ¡muévete! Entré con ganas, lleno de alegría. ¡Luego me sentí un artista!

Angel Zanotto, 11 años, 4° grado, 1937

Sentí alegría bailando bajo los árboles, frente al río, esa danza popular alemana Allemande, grabada por el cuarteto Aguilar, nuestros amigos.

Pienso que fue como un juego delicado, más que un baile.

Dora O'Callagar, 11 años, 4° grado, 1937

Estela, Carlitos y yo representamos el romance del Duque de Lucena, de Federico García Lorca. Es verdaderamente gracioso. Los niños no quieren dormirse y la Clavela les cuenta el romancillo. Yo era la niña sin sueño y una niña que parecía no tener los pies en el mundo de todos los días. Sí, era un día diferente.

Mary Ulla, 10 años, 4° grado, 1937

A mí me gustó La hilandera de los cabellos de oro, la obra de nuestro compañero Mario. Esas niñas que interpretaban la obra pa-

recían estampas que con hilos estuviesen suspendidas. La hilanderita al hilar en su rueca parecía acariciar con su voz y sus manos. El canto de la hilanderita era claro.

Antonia López, 9 años, 3er. grado, 1938

La hilanderita de los cabellos de oro tiene un triple valor: ser original de un niño, la música de un gran poeta: Lorca, y la coreografía de un temperamento artístico.

Rodolfo Vinacua, 13 años, 5° grado, 1938

¡Qué hermosa fue la fiesta del 3 de junio! Lo que más me gustó fue La manca, de Gabriela Mistral. Los versos tienen gracia, las niñas los dicen como si jugasen. Hay juego en la voz y en los movimientos.

Santiago Finamore, 13 años, 6° grado, 1939

IMPRESION DE LOS ROMANCES LLEVADOS AL MUSEO DE BELLAS ARTES EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1939.

Delgadina: romance asturiano. Este romance es como una lluvia mansa. La música del siglo de oro desea volar para mirar a Delgadina desde lo alto. La niña que representa la figura simbólica de Delgadina es como una visión de dulzura. Los movimientos de las niñas que beben agua en la fuente están llenos de gracia. La voz de Estela llena la sala y el coro le contesta. Yo siento como si el cuerpo se hace pequeño y el corazón crece, crece y se agranda.

Romance de Las tres cautivas: Era alegre como una mañana vestida de armonía.

Edgar Carrera, 12 años, 6° grado

La gracia caía sobre todos y hacía que llegase un silencio profundo para el espíritu, pero por fuera era una lluvia de alegría. La música que acompañaba al romance de Las tres cautivas era un fresco sueño.

Jorge A. Sylwan, 11 años, 6° grado, 1939

Cuando apareció la tan suave y tierna Delgadina, a mí me pareció como un hada envuelta en la música. Para mí, Delgadina era un profundo silencio que a todos nos envolvía. La poesía coral era como una nube espesa. No me olvidaré de Delgadina desapareciendo con su paso pequeñito.

Juan Battaglia, 13 años, 6° grado, 1939

Yo fui la Princesita Trenzadas de Oro de una obra de Javier Villa-fañe. Tenía unas largas trenzas de seda dorada. En ese momento yo era una persona distinta, más bella, en un mundo lejano. Los niños reían y aplaudían.

Lydia Morales, 12 años, 6° grado, 1939

¡Ay!, un galán de esta villa, romance asturiano. ¡Qué suave es! Como si el viento hubiera dejado caer sus alas. La ronda de la danza, una mariposa de venas de agua.

Yo soy la cautiva del Romance de Don Bueso. Mi cuerpo ya no pesa. ¿Tengo de aire los pies? El romance no está en mi cabeza; está en todo mi cuerpo.

Lydia Burton, 13 años, 6° grado, 1940

Romance de Don Bueso. Me agradó por sus compases rítmicos, por la niña dolida que parecía cantar tristemente y por el raro color de las túnicas de las niñas que danzaban, livianas, livianas.

Elinor Tironi, 11 años, 5° grado, 1940

¡Ay!, un galán de esta villa. El anillo de la danza enredado en cantos, resonaba. Las coplas y las medias coplas dialogaban. La música acompañada daba color a la danza. El coro que sólo cantaba parecía danzar también.

El coro de pájaros acompañando a un fragmento del Himno a las aves de Aristófanes. Parecían dos mundos iguales.

Mario Torrisi, 12 años, 5° grado, 1940

No veo la hora de actuar en los romances. Por vez primera visto una túnica. Los minutos son largos. La hora no llega. Mi voz tiembla, como tiemblan las flores cuando las mece el viento. Quiero expresarme con naturalidad, pero mi corazón parece que no tiene demasiado espacio para moverse, mi cuerpo todo se contrae, como si mi sangre durmiese. Pero así como toma impulso la ola cuando la arrastra el viento, siento caer algo como un tul que me quema la cara. Siento que mi cuerpo se mueve como una pluma y cuando termino el romance, no sé contestarme si he tocado el suelo con mis pies.

Elsa Massaccesi, 14 años, 6° grado, 1940

El coro de pájaros acompañando a un fragmento del Himno a las aves de Aristófanes, fue lo que más me gustó, por la firmeza de la poesía coral. La poesía coral me pareció la voz acusadora de los pájaros.

Haydée Sala, 13 años, 6° grado, 1941

Las tres muñecas, obra de nuestra compañera Elsa me ha gustado mucho porque parecía que las niñas se habían tragado un pájaro y todas tenían la alegría de los pájaros.

Jorge Kasabián, 10 años, 3er. grado, 1941

Me ha gustado mucho el poema escenificado Don Invierno. Aquellas niñas tan graciosas representaban el invierno cruel y fugaz porque cambiaban totalmente de expresión, pero de pronto aquel invierno tan malo se convertía en risa, porque ellas no podían disimular la alegría que les brotaba frescamente del alma.

Lydia Alvarado, 13 años, 5° grado, 1941



Titiritero de Aldea

Interpretación de Roberto Merlò, 12 años, 1943.

Vi los poemas de Beatriz Riestra, nuestra compañera. Los eh... de la luna parecen suspiros tiernos de niñas convertidas en luna.

Los ay... de la tierra, voces roncas como la voz de un árbol viejo, y Los y... del mar, aguas incoloras que vienen y van. Ronda que no era ronda. Parecían a lo lejos pájaros, buscando la libertad en el árbol y en el agua. El coro haciendo de mar, entonaba una música lenta.

Modesta Herrera, 11 años, 5° grado, 1941

El traje de la zapaterita era de un verde fresco y raro, con adornos blancos. Era de grandes volados. Expresiva la cara de Nelly y su andar verdiblanco. Irma, la niña que corría tras la imaginaria mariposa, cantó con voz clara. Vi a unas niñas pequeñitas que se levantaban de sus sillas y agachándose y moviéndose buscaban a la mariposa invisible. Nelly era un sueño de gracia.

Beatriz Riestra, 13 años, 6° grado, 1941

Yo interpreté una breve escena de la zapaterita. ¿Cómo yo sentí a la zapaterita para interpretarla? Graciosa, risueña, alegre porque juega con los chiquillos, enojada cuando el sol no sale, dulce, tierna y fresca como el viento.

La señorita Leticia que vive en años de poesía y canto revivió los juegos populares sobre danzas francesas del siglo XVI.

Los juegos más viejos revivieron en trajes de papel, en cintas al aire, en cuerpos ligeros y alados. ¡Qué masas de colores! A mí me gustó jugar estas danzas.

Nelly Pinelle, 12 años, 6° grado, 1941

¡Adivina, adivina cómo se llama esta flor!, el poema escenificado de Ramón, más que una ronda en la tierra, tiene la liviandad de una ronda de nubes en el cielo.

Los eh... de la luna, poema de Beatriz, juego blanco como la luna, hecho dulzura en esas figuras que parecían enlazarse y caer una en otra. Detrás de todo eso, invisible, se oía un murmullo de voces que se aclaraban en el eco angustioso de la tierra, y que ahí en la ta-

rima se hacía danza. Las voces no cantadas, marcaban a las frágiles figuras, la danza. Música sin música.

Nelly Sander, 11 años, 6° grado, 1941

Señorita Leticia, a mí me gustó más la novia y el novio.

Hebe Cicaré, 6 años, 1er. grado, 1943

El pelele es un juego muy gracioso, inspirado en el carnaval. Con qué gracia el muñeco era lanzado al aire. Era verdaderamente divertido. El colorido de los vestidos era tan lindo y daba gracia a las niñas que saltaban cantando y diciendo cosas muy graciosas.

Nelda Rolón, 13 años, 5° grado, 1943

Los siete héroes. Todo el más allá del mundo. Tras esos anchos vestidos guardaban movimientos nunca vistos. Yo me encerré como en un bosque lleno de fantasía.

Beatriz Burton, 10 años, 4° grado, 1943

A mí me hizo reír mucho esta fiesta. Cuando salió el oso, a algunos niños chiquitos les parecía que era verdad, pero no lo era. Los siete héroes llevaban un sombrerito. Nosotros tuvimos mucha alegría cuando las niñas bailaban y cantaban.

Ruth Mauerer, 9 años, 2° grado, 1943

A mí me gustó mucho la fiesta del sábado, la fiesta del oso, de la novia y del novio.

María, 6 años, 1er. grado, 1944

El titiritero de la aldea: La aldea dormía sobre el silencio, cuando la presencia del titiritero quebró el silencio. Los gritos, la música, el ritmo de los cuerpos animaban a la aldea. El personaje del titiritero fue el más importante por la gracia de todo su cuerpo y la expresión de su cara; pero también por ese diálogo rápido y claro del pueblo, mezclado con la música que resonaba ligeramente y tenía transparencia y movimiento.

Los siete héroes: "Cuento humorístico de los hermanos Grimm": El fino ritmo con que realizaron los niños actores, el cuento de Los siete héroes me llenó de alegría y de música. La aparición de la niña que con gesto libre y gracioso barría la casa, llenaba de luz los rostros. El pensamiento fue más allá de la alegría cuando aparecieron las cinco niñas y los siete héroes danzando tiernamente. La estampa de los héroes que huyen ante el oso tiene color y movimiento; y cuando los valientes se asustan del extraño insecto rojo nos reímos, porque la escena fue de gracia verdadera. La parte que más me gustó fue cuando las niñas, violeta la falda, suave amarillento la casaca y lilas los tules de la toca, bailaban siempre finamente su tristeza. Esta fue la escena que más me gustó, pero también la de la boda, con su cortejo de música y baile de colores.

Nidia Sicardi, 13 años, 6° grado, 1944

La música, los colores y la gracia de los niños, hacían del "titiritero de aldea", una escena ideal. Para mí el papel más importante lo hacía ese pueblo burlón y gracioso que en ese momento volvía a vivir.

Francisco Bonell, 13 años, 6° grado, 1944

Los siete héroes: Este cuento escenificado es quizás el número que más me gustó, porque además de transportarnos a un mundo de fantasías, nos ponía frente a un aspecto de la vida, aunque quizás algo transformado poéticamente por la imaginación. Las figuras tenían expresión y plasticidad en el movimiento; todo esto coordinado y depurado, fundido dentro de esa música que parece haber sido compuesta especialmente para cada uno de los cuadros.

Carlos E. Saltzmann, 13 años, 6° grado, 1944

Las estampas de Los siete héroes están llenas de movimiento. Me gustan porque son mudas. A mi juicio una escena muda parece que tiene más realidad y gracia. A veces creo que Los siete héroes son siete pájaros que huyen espantados en una loca carrera al infinito.

Roberto Bértola, 11 años, 5° grado, 1943

XI Teatro para niños

Señorita Leticia: He visto que usted es un verdadero pájaro que alegra a las personas con sus pájaros. Usted tiene las alas celestes como las que le pintó Ramón Peralta en el cuadro.

Elba Gil, 9 años, 3er. grado

Señorita Leticia: Usted es una señorita alegre como la cajita de música que usted sabe tocar. A todos los niños les da alegría. Cuando un niño está triste usted, con su alegría, le hace olvidar las tristezas.

Anita Pascutti, 8 años, 2º grado

Por
las alas celestes que me diera Elba
Y por
la cajita de música que soy para Anita
Escribo:

EL PELELE Cromo de carnaval

Esta es la canción del pelele. El niño juega con el pelele, pero a su vez el pelele juega con el niño. Si el jugar va disuelto por dentro, la mutación del juego es constante.

(Cinco niñas juegan con pequeños papelillos de colores. Voces de cristal. De pronto alguien arroja al aire una manta y el pelele. Cuerpo de paja, cara de bobo, traserito azul.)

Niña primera

-¡El pelele!

Niña segunda

-¡El pelele!

Niñas tercera y cuarta

-¡El pelele!

(Niñas primera, segunda, tercera y cuarta toman la manta por los extremos.)

Niña quinta

-¡Que vuele el pelele, camino del aire!

(Lo recoge, lo lanza al aire y en graciosa curva cae sobre la manta.)

Todas las niñas

-A la una, a las dos, a las tres.

(El pelele va al aire con ritmo acentuado.)

Niña primera

-Que en la grupa de la luna cabalgue.

Todas las niñas

-Dora, berilí, lulá.

Niña segunda

-A mecer el pelele que en la luna no quiere dormir.

(Mecen al pelele)

Niña tercera

-Pancita roja.

Niña cuarta

-Cabeza de estopa.

Niña quinta

-Traserito azul.

Niña primera

-Tres saltitos de grillo dará.

Todas

-Cri-cri, cri-cri, cri-cri

(Salta el pelele al son del cri-cri y cae al suelo)

Niña quinta

-Cuando mis brazos lo alcancen, salto mortal por el arco iris del aire dará.

(Lo recogen del suelo, lo lanzan al aire, cae a la manta.)

Niña primera

-¡Pájaro bobo!

Niña segunda

-Piquito de urraca.

Niña tercera

-¡Salta!

Niña cuarta

-¡Vuela!

Niña segunda

-¡Salta y vuela!

Todas

-A la una, a las dos y a las tres. *(Salta el pelele y cae.)*

Niña quinta

-Si yo lo recojo ¡qué risa más loca! Tilín, rin, rin.

(Lo recoge y arroja a la manta.)

Todas

-Tilín, rin, rin. ¡Que se cae, que se mece, que se vuela... y se cayó!...

(Cae el pelele, abandonan la manta y salen en raudos alborotar, tan alegres como el sol.)

TITIRITERO DE ALDEA

Escena burlesca

Personajes

Titiritero, vecinas, mozos y pueblo. *(Para nuestro decorado soñamos con algunos de los villorios de David Teniers, el de Kermesse flamenca, por ejemplo. Pero contamos nada más que con un entarimado desnudo. Lo dispondremos de manera que la superficie libre circundante pueda ser utilizada para la acción y desplazamiento del pueblo que se moverá sobre o en torno de la tarima, según las necesidades de expresión. Tal disposición no sólo favorece los movimientos plásticos; esta separación de segundo plano donde actúan los actores en un momento dado, prolonga más allá ese hábito ideal y esa libertad poética, sin mezclarla con el mundo real.)*

Entarimado vacío. Luz malva de la tarde. Se oye lejana y velada la música de El flautista increíble de Walter Piston, en versión fonográfica.

Dos, tres, cinco, ocho, quince niños y niñas asoman por las escaleras laterales y central. Aguzan el oído y el ojo hacia el camino empolvado y distante. La música alcanza mayor presencia y sonido.

Niño primero. *(Divisando al titiritero)* -¡Títeres!, ¡títeres!

Niños primero, segundo, tercero, cuarto y quinto. -¡Títeres!, ¡Títeres! ¡El titiritero! ¡Títeres!

(La música, las voces, y los movimientos deben ser notas gemelas. Vecinas y mozos pueblan las escaleras laterales y central, y desplazándose, ora en segundo plano o sobre la tarima, comentan jubilosamente el acontecimiento.)

Voces del pueblo. -¡Títeres! ¡El titiritero llega!

(La música poblada de la vocinglería de las gentes, debe fundirse con el gesto y las actitudes gozosas del pueblo. El titiritero está aquí, seguido como un ser a cuyo conjuro nacen los sortilegios. Viste pantalón rojo a media pierna, amplia chaqueta negra cubierta de parches de desflecados colores. Cabello largo y oscuro. Sombrero de revolada copa y pluma mecida donairoso en el aire. Los títeres cuel-

gan uno a uno de su cinturón y de las bridas que cruzan su espalda. Cada uno de sus movimientos se repite y agranda en los títeres, así primitivamente dispuestos. Los vecinos han recogido sillas y banquillos y están de pie o sentados a la manera de la Kermesse flamenca, citamos por caso. Se hace un silencio breve, poblado de misterio. El pueblo está extasiante. El titiritero calza en sus manos dos títeres: el viejo Pipiriplín y la bella y áurea Doralisa. Durante toda la escena, el titiritero pasará de la voz quebrada y vacilante de Pipiriplín a la de cristal acuoso de Doralisa.)

Titiritero. —Os voy a contar la historia de don Pipiriplín, carpintero honesto, hombre de mucha honra, pero que de tarde en tarde mientras suena el tin-ton de su martillo, y la boca se le seca de tanto aserrar maderos, asegura que el vinillo al correr por su garganta sube camino del humo en irisadas burbujas, y en cada una de ellas se ve joven y gallardo con Doralisa del brazo, tierno junquillo, con más gracia que la hierba espigándose en el viento. Y el romance así comienza:

(Los vecinos se aproximan. Rumores de conversación.)

Pipiriplín. —¿Aceptarás por esposo a este caballero que por ti volara al cielo y a las estrellas robara tu fina garganta?

Moza del pueblo. (Intencionada y festiva.) —Pipiriplín, Pipiriplín, olvidas que eres viejo.

Coro del pueblo. (Acentuando levemente la nota burlesca.) —Y la vida es río que pasa...

(Murmullos y risas.)

Pipiriplín. (Asombrado y empecinado) —¿Viejo? No, no, no, no. (Siseos y risas.)

Pipiriplín. (Emocionado y meloso.) —Doralisa, tu cintura es el tallo de la albahaca.

Moza. (Burlesco.) —Ah, vinillo que te ciega!

Coro del pueblo. (Riente) —Vuelve, vuelve a tus maderos.

El titiritero. (Expectante.) —¡Aquí viene Doralisa!

El pueblo. (Contempla extasiado.) —¡Oh...!

(El titiritero presenta a Doralisa.)

Doralisa. —¿Quién me llama? ¿Eres tú, Arnaldo, de mis ojos las pupilas?

Pipiriplín. (Dulce y vacilante la memoria.) —Doralisa, tu cintura es el tallo de la albahaca... albahaca... albahaca.

(Risas y murmullos)

Voces del pueblo. (Breves, rápidas, como notas musicales de tonos rientes.)

Moza primera.—Albahaca...

Moza segunda.—Albahaca...

Moza tercera.—Albahaca...

Moza cuarta.—Albahaca...

(Risas y murmullos.)

Pipiriplín. (Quejoso)—Mi memoria es lucecita que se apaga.

Moza. (Tono ligero e intencionado.)—¡Ah, vinillo que te ciega!

Coro del pueblo.—¡Vuelve, vuelve a tus maderos!

Doralisa. (Recordando)—¿Eres tú, Pipiriplín, el que las tablas cepilla, el que los clavos remacha, el que hace mesas y sillas y el que de noche, cuando la luna redonda luce su cara de agua, cantas a Doralisa y le llamas tallo de albahaca?

Coro de las chismosas. (Murmurando y siseando con ritmo.) —Doralisa va a casarse con Arnaldo, vaquerillo tan apuesto que los reyes envidiarán.

Pipiriplín. (Angustiado y asombrado.)—¿A casarse? ¿A casarse? (Terco) No, no, no, no, NO.

(Risas y murmullos.)

—¿Es posible que una estrella, así, de pronto, sin sentirlo, se nos vuele de los ojos? (Cómicamente impresionado.) No, no, no, no, NO.

Coro del pueblo. (Breve, rápido, música "in crescendo".) —Sí, sí, sí, sí.

(Murmullos, risas.)

Doralisa.—Voy a casarme con Arnaldo, el vaquerillo, ¿oyes?

Voces del pueblo. (Fugaces, musicales y con marcada intención.)

Primera.—¡Voy a casarme!

Segunda.—¡Voy a casarme!

Tercera.—¡Voy a casarme!

Cuarta.—¡Voy a casarme!

Pipiriplín.—¿Vas a casarte y no es conmigo? (Tierno y gracioso)

Y el cedro oloroso de la mesa ¿para quién será? Y con la silla de blanco pino, ¿qué haré?

Coro del pueblo. (*Más festivo y con un leve matiz de burla.*)

—Eres viejo, viejo, reviejo. Y la vida es río que pasa...

Pipiriplín. (*Asombrado*)—¿Viejo? No, no, no, no, NO.

(*Murmullos, siseos.*)

Doralisa. (*Tierna, acercándose hasta tomarlo del brazo.*)—¡Ah, vinillo que te ciega! A dormir mientras la luna sube camino del cielo.

Pipiriplín. (*Vacilante y perdida la memoria.*)—Tu cintura es el tallo de la albahaca... albahaca... albahaca...

Las chismosas. (*Insinuantes*) —¡Ah, vinillo que te ciega!

Niños.—Vuelve, vuelve a tus maderos.

Mozas y mozos.—Que la vida es río que pasa...

Pipiriplín. (*Con voz quebrada, graciosamente, sin llegar a lo grotesco jamás.*) —Albahaca... albahaca... albahaca... Tu cintura es la hierba espigándose en el viento. Albahaca... albahaca... albahaca...

Voces del pueblo. (*Breves, rápidas y musicales a veces como en acorde.*)

Primera.—Albahaca...

Segunda.—Albahaca...

Tercera.—Albahaca...

Cuarta.—Albahaca...

(*Las vecinas ríen.*) (*Doralisa conduce al viejecillo mientras éste va repitiendo:*)

Pipiriplín.—Albahaca... albahaca...

El titiritero. (*Con voz vibrante y segura.*)—Y aquí termina la historia de don Pipiriplín, carpintero honesto y hombre de mucha honra.

(*Voces del pueblo, risas, murmullos, movimientos de aproximación de los vecinos, las mozas y los niños. Vuelve a escucharse con la última palabra la música de Walter Piston y en la culminación de su ruidosa alegría, mientras el titiritero se aleja, seguido por los niños, el pueblo se desplaza por las escaleras laterales y central, con gesto que subraya la gracia bullanguera de la música hasta que los grupos se dispersan y la aldea recobra su placidez habitual.*)



Las maravillosas aventuras de Tom
Interpretación de Raúl Conti, 14 años, 1945.

XII El ballet-teatro

Las maravillosas aventuras de Tom

Inspirado en *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain.

Tratado sobre *Petrouchka*, de Strawinsky y *El flautista increíble*, de Walter Piston (versión fonográfica).

"El gran mérito del educador, es saber sugerir."
Dalcroze

Este es un conjunto de imágenes plásticas. Constituyen aisladamente rudimentarios ballets que conducen a contrastes marcados e improvisados de expresión y tienden a que el cuerpo se exprese rítmicamente. Más: unificadas en su espíritu, diversas en el ritmo y en la forma, sublimando lo infantil, crean un mundo jubiloso donde se escucha la voz del niño eterno asomando en todos los pliegues de la fábula, y se le ve retozar con avidez de juego que sube y estalla en surtidores de vida.

El educador no impone arquitectura (línea y dirección) al movimiento, ni el lenguaje de las llamadas figuras convencionales que se enlazan como elementos decorativos.

Despierta sí, lo que es genuino en cada cual y tiende a armonizar el acto anímico que vive en todos los músculos. El niño toma lo que necesita y lo expresa según su decisión creadora. El cuerpo, vehículo de su pensamiento, y la conciencia de tiempo y la conciencia de espacio, elementos sutiles del ritmo, aflorando en lento y terso equilibrio instintivo.

Construye como un niño, sin gestos y actitudes de adulto y no se repite jamás porque pone parte de su "yo" y lo torna viviente y cautivante con el gozo.

La malla de conexión de estas imágenes se va hilando en silencio por sí sola al parecer, cuando el educador realiza lo que aconseja Federico Amiel: "Leer en el alma infantil como una partitura musical. Entonces, cambiando la llave, se mantiene la atracción y se cambia la canción".

Esta historia consta de siete estampas. Reunidas tejen la trama en que se mueve Tom, el más niño entre los niños.

PRIMERA ESTAMPA

(Es la hora de la siesta. Tom sueña que pasará una tarde deliciosa vagando por los campos... cuando tía Polly...)

PERSONAJES

Tom, Tía Polly, Jim, el negrito.

MUSICA

(Primera parte de El flautista increíble)

(Intencionalmente damos desnudas las imágenes.)

Tía Polly entra sigilosamente. Sospecha una travesura de Tom. Se baja los anteojos. Mira por encima de ellos alrededor del cuarto.

Los sube a la frente. Mira por debajo. Se queda perpleja.

Va hacia la puerta, escruta en torno.

Oye detrás un ligero ruido.

Se vuelve sorprendida en el momento en que... Tom va a salir. Lleva aparejo de pesca, honda, etc.

Al verse descubierto quiere escapar y dice:

—¡Mire lo que viene detrás, tía!

Tía Polly se asusta. Gira en redondo. Persigue a Tom que salta, ágil y elástico.

Llega Jim, el negrito, con su atado de leña.

Contempla la escena con asombro. Se burla risueñamente de Tom.

Provocación—persecución—desquite.

Tía Polly regaña a los niños.

Jim recoge los leños caídos. Tom salta la cerca y huye.

—¡Diablo de chico! —piensa tía Polly.

SEGUNDA ESTAMPA

(Becky, cual aparición celestial, extasía a Tom... cuando un forastero llega al pueblo.)

PERSONAJES

Tom, Becky, el forastero, Tía Polly.

MUSICA

(Segunda parte de El flautista increíble)

Tom retoza como un cabrillo. Hace corvetas.

Apunta a los pájaros con su honda certera.

Interrumpe su gozo la llegada de una desconocida. Asombro.

Becky es rubia, bella, tiene trenzas y delantal de puntilla.

Persigue a las mariposas con su red.

Tom está como en éxtasis. Hace toda clase de absurdas habilidades.

Se mantiene en equilibrio sobre un pie.

Hace saltos mortales.

Gira una varilla que recoge en el aire.

Becky le arroja una flor. Lo espía a hurtadillas. Se aleja.

Tom, con mentido aire indiferente, mira a lo lejos.

Disimula como si alguien le siguiese.

Toma una paja del suelo. Quiere sostenerla en la nariz.

Se acerca a la flor. La recoge. La mira. La guarda sobre su corazón.

Suspira. Está sumido en dulce sueño cuando... Aparece el forastero. Elegante, fino, irreprochable.

Tom lo observa.

Cuando más lo contempla, más levanta al aire su nariz, y crece su desprecio.

Ninguno habla.

Se mueve uno y se mueve el otro.

Se miran cara a cara sin pestañear.

Se empujan hombro con hombro.

Se provocan y forcejean. Vuelva al aire el sombrero y la corbata.

Se sacan la lengua.

El forastero vencido sacude su polvo entre hipos y sollozos. Se aleja.

Tom ríe feliz.

Tía Polly, siempre alerta, lo caza de una oreja.

Se lo lleva a casa pegando zapatetas y bufidos.

—El sábado te quedarás sin salir y pintarás la cerca —dice tía Polly.

TERCERA ESTAMPA

(Escalando la cerca. Plan genial de Tom para rendir a sus adversarios.)

PERSONAJES

Tom, Tía Polly, el muchacho de la manzana, el del trompo, el de la pelota, el del arco, el de la gomera, el del barrilete.

MUSICA

(Petrouchka, cara 5a. Grabación Orquesta de Filadelfia)

Tom trae el balde de cal y un pincel atado a la pértiga.

Echa una mirada al cerco.

Pierde su alegría. Lanza suspiros.

Moja la brocha. La pasa por el alto tablón.

Descorazonado se sienta en el suelo.

Aparece Jim. Canta y baila.

Va a la fuente en busca de agua.

Tom trata de convencer a Jim de que lo deje ir a él a la fuente.

Jim no quiere. Teme al ama.

Tom le ofrece la más linda bolita.

Jim cede en el preciso momento en que tía Polly descubre las artimañas de Tom.

Regaña a los traviesos y cada cual vuelve a su tarea.

Tom se pone a trabajar. Suspende su trabajo.

Saca sus riquezas del bolsillo. Las examina (trozos de juguetes, vidrios, etc.).

Encuentra la flor que le diera Becky.

La huele tristemente. La guarda de nuevo.

De pronto concibe un plan genial.

Toma la brocha. Se pone a pintar decididamente.

Llega el muchacho de la manzana. Es fuerte y astuto. Se burla de Tom.

Tom parece no advertirlo. Examina su trabajo con mirada de artista.

Da ligeros brochazos mientras espía de reojo la manzana.

El muchacho sigue los movimientos de Tom: –Debe ser hermoso pintar–, piensa.

Le ofrece a Tom un pedazo de manzana. Tom no acepta.

Le ofrece toda la manzana. Tom acepta con aparente desgano y entrega la brocha al muchacho que comienza a pintar.

Llegan los demás compañeros, que van comprando a Tom el derecho de pintar un pedazo de la cerca, entregando en cambio algunas de sus riquezas: un barrilete, un trompo, una rata muerta.

Mientras pintan, la pandilla juega a las bolitas, a los trompos, a la pelota. Alguien hace rodar el arco. A veces se disputa. Se torna a hacer la paz. Se vuelve a disputar. (*Estilización de todos estos juegos callejeros en gran despliegue de ritmo y dinamismo.*)

La cerca luce blanca. Tom advierte que tía Polly se aproxima.

Voz de alarma. Desbande de los muchachos. Saltos, huidas.

Tom, dulce y apacible, da la última pincelada.

Tía Polly está maravillada. Regala a Tom una manzana.

Los niños espían bulliciosos la escena.

Recogen sus elementos de juego; conciertan nuevas travesuras.

El grupo parte, despreocupado, feliz.

CUARTA ESTAMPA

(*Fiesta campestre. Risas, alegría y un buen susto al final*)

PERSONAJES

Tom, Becky, Jim, muchachas y muchachos del pueblo.

MUSICA

(*Petrouchka, cara 6a. Grabación orquesta de Filadelfia*)

Fresca gracia pastoral. Alborozo cándido.

Estilización de las viejas rondas y juegos populares.

Gallina ciega, martín pescador, la mancha, la cinchada, el mantan-

tirulirulá, la ronda del pelele, el rango; en cambiante friso de imágenes y en desplazamiento de grupos y masas unificadas en ese prisma luminoso que es el juego, en los dilatados espacios entre sol y tierra.

No falta el que juega a ser el “Fantasmón” para asustar a los niños.

Asombro, estupor, huidas, provocaciones.

Es la hora del regreso. Recogen cestos, sombreros.

Cuchicheos, olvidos, confusiones bulliciosas.

Tom y Becky traman una travesura.

Toman el camino de las altas grutas. Nadie los ve.

–Nos buscarán –piensan, y la risa que sabe a burla florida, les canta por el cuerpo.

QUINTA ESTAMPA

(*Tom y Becky perdidos en las grutas. ¡Oh las sombras!... Una extraña ave gris y azul.*)

PERSONAJES

Tom, Becky, el ave.

MUSICA

(*Petrouchka, cara 8a. Grabación orquesta de Filadelfia*)

Tom y Becky admiran las altas grutas. Curiosidad, asombro, gozo.

–¿Dónde estará la salida? –Inquietud.

El silencio, las sombras, rumores desconocidos.

–¡Oh, el ave que ronda! Los niños siguen su vuelo, absortos, inmóviles.

Becky llora. Espanto.

Tom, decidido y valiente, lucha contra el miedo: ternura, protección.

El ave en extraños estremecimientos halla al fin un hueco de luz.

–¡Sigamos al ave! –dicen los niños.

Oyen voces distantes. –¡Nos buscan! –piensan.

Ansiedad, esperanza.

SEXTA ESTAMPA

(*En el pueblo buscan a los niños perdidos. –¡Ah, Tom querido! –llora tía Polly. –¡El más bueno de los niños!...*)

PERSONAJES

Tía Polly, vecinos y vecinas del pueblo, niños y niñas.

MUSICA

(Petrouchka, cara 8a. última mitad)

Tía Polly llora, se suena la nariz, se levanta los anteojos. Seca sus lágrimas.

Grupos de vecinos y vecinas con sus faroles, buscan a los niños en las altas horas de la noche.

Sigilo, desconfianza, palabras quebradas.

Angustia —¿Dónde estarán?

Desplazamiento de grupos. Cuerpos blandos como de ramas al viento, como de ramas cansadas.

Desconcierto —¿Dónde estarán?

SEPTIMA ESTAMPA

(El regreso triunfal de Tom y una nueva travesura)

PERSONAJES

Tom, Becky, Tía Polly, vecinos y vecinas del pueblo, niños y niñas, un periodista, un fotógrafo.

MUSICA

(El flautista increíble, cara 3a. Orquesta de Boston)

(La música de Walter Piston está fusionada a un coro de voces que se escuchan distantes y cobran intensidad poco a poco.)

Grupos de vecinas y vecinos, niños y niñas aparecen en diversas direcciones.

Expresión iluminada, comentarios risueños, vibración ágil en el cuerpo.

Sensación de pueblo que vive un día inolvidable. —¡Ya vienen! ¡Llegan!

Ansiedad, alborozo.

—¡Aquí están! —Tom, paseado en andas, hace su entrada triunfal en el pueblo.

Le siguen Jim, Becky, algunos vecinos.

Salta a tierra. Abraza a tía Polly que ríe y llora emocionada.

Los muchachos lo asedian. Admiración.

Tom describe sus aventuras. Siguen todos los matices de la expresión que encuentra clara resolución en sus caras y gestos.

El pueblo cautivado está pendiente de sus labios.

Breve silencio.

Suena una flauta. Hechizo. Expectación. Alguien llega.

Es el periodista del pueblo a quien acompaña el fotógrafo. Quieren inmortalizar en una crónica la hazaña de Tom.

Expresión burlesca en las actitudes, ademanes y movimientos de estos dos personajes.

Toma de fotografías a los héroes y a los vecinos de la aldea. Agudo sentido del humor en estas verdaderas estampas de época.

Se oye una polca. Tía Polly baila con la gracia de una muchacha.

Júbilo. Ingenuidad. Comentarios rientes del pueblo.

Tom aprovecha la confusión. Se saca los zapatos. Sus pies están hechos para andar descalzos. Llama a Jim. —¡Vamos al río! —le susurra.

Astucia. Cautela. Se deslizan sigilosamente.

Alguien advierte la escapatoria. El pueblo se arremolina y agita. Señala a los traviosos.

Expectativa.

Tía Polly caza a los muchachos por la chaqueta.

Sorpresa. —"¡Si no hacíamos nada!" —replica candorosamente Tom.

El pueblo estalla en risas y se desbanda tras el héroe maravilloso.

REPERTORIO DE OBRAS DEL TEATRO DE NIÑOS

	POEMAS ESCENIFICADOS	AUTOR	AÑOS	GRAD.	MUSICA	AÑOS	COREOGRAFIA	POESIA CORAL
1	<i>La hilandera de los cabellos de oro</i>	Mario García	8	3º	Federico García Lorca			
2	<i>La muñeca de trapo</i> <i>La muñeca de goma</i> <i>La muñeca negra</i>	Elsa Massaccesi	12	6º	Danza antigua del siglo XIII			
3	<i>Don Invierno</i>	Elsa Massaccesi	12	6º	Antología sonora			
4	<i>¡Adivina, adivina cómo se llama esta flor!</i>	Ramón Peralta	14	6º			Estilización del juego de la gallina ciega	
5	<i>Los ay... de la tierra</i> <i>Los eh... de la luna</i> <i>Los y... del mar</i>	Beatriz Riestra	13	6º	<i>Sirenas</i> (Debussy)		Coreografía	Poesía coral a dos voces
6	<i>La mancha</i>	Rodolfo Graziani	14	6º			Estilización del juego de la mancha	
7	<i>El pañuelo escondido</i>	Manuelita Cómitre	13	6º			Estilización del juego del pañuelo escondido	
	CANCIONES SOBRE POEMAS Y MELODÍAS DE NIÑOS							
8	<i>Mi gato</i>	Beatriz Riestra	12	5º	Anita Flores	14		
9	<i>Mi barco</i>	Nora Ortega	11	5º	Anita Flores	14		
10	<i>Lluvia</i>	Ana María Pusso	9	4º	Anita Flores	14		
11	<i>Ronda de la luna</i>	Adolfo Bustamante	13	6º	Niños de 6º grado	13 y 14		
12	<i>Amanece</i>	Ana María Cabrera	12	5º	Niños de 5º grado	12 y 13		
13	<i>Manso pasa el río</i>	Niños de 4º grado	10-11	4º	Niños de 4º grado	10 y 11		
	ROMANCES POPULARES							
14	<i>Las tres cautivas</i>	FOLKLORE Bético-extremeño			Canto y vihuela (siglo de oro, Antología sonora)		Juego Coreografía	Coro a dos voces
15	<i>¡Ay!... un galán de esta villa</i>	Asturiano			Melodía de Torner		Coreografía	Poesía coral a dos voces
16	<i>Delgadina</i>	Asturiano			Viola y clave de Diego Ortiz (Antología sonora)		Coreografía	Poesía coral a dos voces
17	<i>Don Bueso</i>	León			Melodía de Torner		Coreografía	Poesía coral y coro a dos voces
18	<i>Juegos populares estilizados</i>	Juegos populares			Danzas francesas del siglo XVI (Antología sonora)		Coreografía	
	Ronda <i>Martín Pescador</i> <i>Mantantirulirulá</i> <i>Gallina ciega</i>							
	ESCENAS DE TEATRO							
19	<i>La niña boba.</i> Escena de Finea y su maestro de letras. Finea y su maestro de baile	Lope de Vega			Federico García Lorca			
20	<i>La zapatera prodigiosa.</i> Escena de la zapatera y la niña que canta a la mariposa	Federico García Lorca			Federico García Lorca			
21	<i>Mariana Pineda.</i> Escena de la Clavela y los niños	Federico García Lorca						
22	<i>Romance del duque de Lucena</i>	Javier Villafañe						
23	<i>El pelele</i>	Leticia Cossettini						
24	<i>El titiritero de aldea</i> (escena burlesca)	Leticia Cossettini			<i>El flautista increíble</i> (Walter Piston)			
	DANZAS NATIVAS							
25	<i>La zamba - El gato - La chacarera - El palito - El escondido - El bailecito - El cuando - La mediacaña - La firmeza</i>				Fonográfica de Gómez Carrillo-Chazarreta-Hermanos Abalos			
	PANTOMIMAS Y BALLETS							
26	<i>Los siete héroes</i> (siete estampas)	Inspirado en <i>Los siete héroes</i> , de los hermanos Grimm			<i>El triunfo de Neptuno</i> (Lord Berners)			
27	<i>Las maravillosas aventuras de Tom</i> (siete estampas)	Leticia Cossettini Inspirado en <i>Las aventuras de Tom Sawyer</i> de Mark Twain			<i>El flautista increíble</i> (Walter Piston) y páginas de <i>Petrouchka</i> de Stravinsky			